

zando á la juventud de las escuelas con las ideas de los antiguos sobre la belleza y el arte, trayendo á la erudición estética el elemento clásico, no menos esencial que el elemento germánico.

IV.

El concurso de Estética de 1857.—Obras de Lévêque, Voituron y Chaignet.

Es verdaderamente cosa digna de admiración el escaso fruto que con tan rica preparación se obtuvo. Gran parte de los tratados de Estética general que nos falta examinar no significan progreso alguno respecto de los de Jouffroy, Lamennais y Pictet; y si se tiene en cuenta el medio de civilización en que han nacido, hay que declararlos inferiores. Dos ó tres hay, sin embargo, que se eximen de tan rigurosa sentencia, por más que no puedan resistir la comparación con las obras análogas de Alemania.

Diversas causas han influido en esto, siendo la principal, á nuestro juicio, el aislamiento en que ha trabajado cada autor, empeñándose vanamente en sacar de su propio fondo toda la ciencia, sin considerar que, aunque la estética pertenezca por sus más elevados principios al orden de las ciencias filosóficas, y reclame el esfuerzo de la especulación metafísica propia, pertenece también por la mayor parte de su contenido al orden de las ciencias experimentales, cuyo adelanto

positivo sólo puede lograrse cuando el caudal de observaciones adquirido sirve de base á nueva observación y experimento. Por olvidar esto que es axiomático, nacen y mueren en Francia sistemas de estética que tienen, poco más ó menos, el mismo valor uno que otro, colecciones mejor ó peor hechas de pensamientos fugaces más ó menos discretos, ojeadas superficiales sobre un conjunto vastísimo, ó bien entretenimientos y recreaciones lógicas sobre tal ó cuál principio caprichosamente adoptado y seguido luego en línea recta, más para ostentación del ingenio de su autor que para utilidad del entendimiento, el cual sólo se satisface con la comprensión total de su objeto, y no con aisladas ó mutiladas representaciones, que empiezan por suprimir la complejidad y la diversidad, condición de toda vida. No se evitan las dificultades con no verlas: no es pensador más profundo el que parece más claro, ni pensador más lógico el que parece más ordenado y metódico. Hay un orden aparente y una falsa claridad, que son los más crueles enemigos de toda filosofía, por lo mismo que halagan la pereza y la vanidad de creer que se ha llegado al fondo del pensamiento, cuando apenas se ha hecho más que acercar los labios á la copa en que hierve el generoso vino.

Ejemplo palpable de los males que lleva consigo semejante manera de filosofar nos le dan la mayor parte de las memorias publicadas en

Francia á consecuencia del gran concurso abierto en 1857 por la Academia de Ciencias Morales y Políticas con el siguiente programa: «Investigar los principios de la ciencia de lo bello, y comprobarlos con su aplicación á las bellezas más indiscutibles de la naturaleza, de la poesía y de las artes, y con el examen crítico de los más célebres sistemas sobre la ciencia de lo bello en la antigüedad y en los tiempos modernos». El premio se adjudicó en 1860 á M. Carlos Lévêque (antiguo discípulo de la escuela de Atenas y luego profesor de filosofía en la Sorbona), por su libro *Science du Beau*, y se otorgaron menciones honoríficas al abogado de Gante Pablo Voituron, por sus *Recherches Philosophiques sur les principes de la science du Beau*, y al profesor A. Ed. Chaignet por sus *Principes de la Science du Beau*.

De estas tres voluminosas memorias, la que menos vale, sin género de duda, es la premiada. Lo decimos con entera convicción, por lo mismo que gustamos poco de ir contra el principio de autoridad, representado aquí nada menos que por tres Academias: la de Ciencias Morales y Políticas, que otorgó el premio, la Academia Francesa, que añadió en 1861 una recompensa de tres mil francos, y la de Bellas Artes, que todavía quiso dar á Lévêque una propina de seiscientos. Á quien tenga por todo criterio y medida las recompensas oficiales, no debe quedarle duda sobre la excelencia de una

obra tan munificamente premiada y recomendada. Pero el libro es tal, que si de intento se hubiera escrito para probar la inferioridad de la Estética francesa, y poner de manifiesto sus vicios incurables, difícilmente habría podido conseguir mejor su objeto. ¡Con qué satisfacción escribe Emilio Saisset, uno de sus panegiristas, y uno de los padres graves de la Filosofía universitaria: «Este libro procede en línea recta del movimiento filosófico de 1818: nada debe á Alemania ni á Escocia: es un libro enteramente francés»¹. ¡Se necesita impertinencia y petulancia para ponerse á escribir de Estética en 1860, haciendo alarde de no enterarse de lo que han pensado alemanes y escoceses! ¡Y hay en Francia tres Academias que aplauden y premian un libro concebido con esta ausencia de formalidad científica! Han dicho los que pueden saberlo que la obra de Lévêque está escrita en un francés muy académico y elegante, con mucho primor y delicadeza de estilo, con mucha coquetería de expresión, con todas las condiciones, en fin, de una deliciosa estética de tocador. ¿Pero esto es ciencia? Á mí me parece que no. Lee uno seguidos los dos tomos de Lévêque, y saca de tal lectura algunos ratos de agradable solaz; pero ¿ideas? Ni una sola. Cierta espiritualismo vago, una tendencia moral bastante sana, entusiasmo por el arte, discreteos ingeniosos, el lirio y el

¹ En su estudio sobre la Estética francesa, al fin de su tratado de *L'Áme et la Vie* (*Bibliothèque de philosophie contemporaine*).

arroyuelo, todos los lugares comunes del madrigal y de la égloga y de la pintura de abanicos. Es un libro que por su misma corrección y finura, por su ambiente de *buena sociedad*, hasta por sus pretensiones de pulcritud ejemplar, impaciente y empalaga á todo espíritu varonil. Libro de filosofía admirable para andar en manos de jóvenes casaderas ó de verecundas institutrices.

Pertenece la Estética de Lévêque á la escuela ecléctica francesa, ó más bien al último residuo de ella, á ese espiritualismo incoloro que no tiene ni las arrogancias metafísicas que á veces tuvo Cousin, ni el poder de análisis psicológico en que Jouffroy emuló á los mismos escoceses. Pertenece á esa doctrina tibiamente cristiana y tibiamente racionalista, llena de matices, de atenuaciones y de medias tintas, tan rica de artificios de lenguaje, cuanto pobre de substancia metafísica: filosofía de literatos, de políticos retirados y de hombres de mundo, filosofía *amena*, sin obscuridades, sin espinas, filosofía de la *Revista de Ambos Mundos*, para llamarla por su nombre propio.

Es evidente que un libro de Estética compuesto bajo la influencia de tal escuela, no puede pasar más que por libro de entretenimiento. Y esto lo es el de Lévêque en grado eminente. El autor es un meridional de bastante gracia é imaginación, naturaleza hábil para sentir y describir los placeres de lo Bello. Pasa por un verdadero *dilettante* musical, y conoce profundamente

la arqueología clásica, que por largos años estudió en Italia y en Grecia «á la falda del Pentélico y del Himeto, enfrente de Egina y de las Cícladas, sobre el cauce ya seco del Cefiso y del Ilisso, sobre la Acrópolis coronada todavía de magníficas ruinas, á la sombra del Parthenon ó de los restos admirables del templo de Minerva Pandrosia, sobre las aguas de Salamina, y en el llano de Marathon, donde aún cree encontrar el viajero las osamentas de los persas vencidos, y en los desfiladeros del Taygeto y en las orillas del Eurotas». Todo esto nos lo cuenta y declara él mismo, y añaden él y sus panegiristas que la obra le costó veinte años de trabajo, suponemos que para pulir la dicción, y dejarla más tersa y más bonita. De todos modos, esta larga preparación y este amor á la forma constituyen los únicos méritos del libro. También puede contarse entre ellos el método de exposición, que es bueno, aunque no sea nuevo, y se recomienda por la sencillez y claridad. En parte venía ya trazado por el programa del concurso, y quizá la circunstancia de haberle llenado en todas sus partes influyó en el fallo de la Academia, menos favorable á otras producciones que por su originalidad misma no encajaban con tanta facilidad dentro del cuadro. Divídese, pues, en tres partes: *principios* de lo Bello, *aplicaciones* á las diversas Artes, é *historia* muy compendiosa de la Ciencia. Hay que confesar que ningún otro libro francés anterior á éste abarcaba un cuadro tan extenso. En la primera

sección hay una parte que pudiéramos llamar *psicológica*, donde se estudian y analizan los efectos producidos por lo bello en la inteligencia, en la sensibilidad y en la actividad humana, y una parte *metafísica*, donde se considera lo bello en su principio interno y substancial, estudiándose á continuación lo gracioso, lo sublime, lo feo y lo ridículo. La segunda parte comprende el tratado de la belleza natural y el de la belleza artística.

La psicología de Lévêque es puramente re-creativa, y como tal ingeniosa. El autor ha querido darle todas las trazas de un idilio, y no sale de entre flores y pájaros; pero ¡qué amanerado y qué *fade* resulta todo esto, cuando se recuerda el olor de tomillo agreste que difunden las páginas de Töpffer! Un lirio sirve á Lévêque para irnos mostrando los caracteres de lo bello, que para él son ocho, ni más ni menos. Yo me inclino á creer que la misma razón tendrá el que cuente siete ó el que se contente con cuatro. Estas enumeraciones nunca me convencen. Los de Lévêque son *plena grandeza de las formas, unidad, variedad, armonía, proporción, viveza normal de color, gracia, conveniencia*. Estos ocho caracteres visibles son expresión de otros tantos caracteres invisibles, los cuales á su vez no son más que modos de acción del *poder vital* ó de la *fuerza invisible*, que se manifiesta por la *grandeza* y por el *orden*. Con tan cómoda y fácil teoría, Lévêque va explicando todo género de belleza, lo mismo la del lirio que la de un *bambino* de Rafael; lo

mismo la belleza moral de la vida de Sócrates que la belleza de una sinfonía de Beethoven. En todo objeto tienen que ir apareciendo los consabidos ocho caracteres estéticos, por más que parezca un poco difícil formarse idea de lo que puede ser la *viveza normal del color* en una sinfonía ó en la vida de un filósofo. Pero, en suma, Lévêque va saliendo del paso á fuerza de metáforas, y los lectores á quienes se dirige tampoco necesitan mucho más.

Su sistema, si tal puede llamarse, viene á ser una mezcla del idealismo platónico y del *dinamismo* de Jouffroy, mutilados y enervados para poder encerrarlos en semejante pajarera. Quien conozca la doctrina del ideal abstracto que de Winckelmann y Quatremère de Quincy recibió Cousin, nada encontrará de nuevo en los *tipos ideales* de Lévêque, ni en su desdichada teoría de la *expresión*, confundida por él con la belleza, hasta dar á entender que la fealdad del rostro de los negros no procede del color ni de la figura, sino de ser menos expresivo de la fuerza vital. Los mismos filósofos de la escuela de M. Lévêque le han tildado de recurrir demasiado á este cómodo refugio de la *fuerza vital*, no menos que al de las *ideas ó tipos a priori*, y ciertamente si basta para que un objeto sea bello que exprese la fuerza vital y que sea conforme al tipo de su especie, nadie osará negar la belleza del cerdo ni la del sapo, puesto que algún tipo ideal tendrán, y en cuanto á su vida, no hay duda que la expresan, lo cual no

les impide ser tenidos universalmente por feos, aunque con relación á su especie puedan ser excelentes. Con el sistema de Lévêque no debía de quedar fealdad en el mundo; pero él reconoce que «la fealdad existe» y sale gallardamente de la dificultad con decir que «todo defecto de unidad, de proporción, de simetría ó de conveniencia, es una infracción cometida por la fuerza vital contra su ley, que es el orden». ¡Bendita sea la Retórica: con ella todo se allana! ¡Cualquiera entienda lo que son las infracciones que puede cometer la fuerza vital contra sí misma! ¡Estos filósofos tan claros, suelen resultar tan oscuros!

Lévêque lleva la teoría de la expresión hasta sus últimas consecuencias, y la aplica al sistema de las artes. Era difícil extenderla á la arquitectura; pero Lévêque nos contesta ingeniosamente que el fin esencial de un edificio no es otro que expresar el alma del huésped que le habita. Un templo nos expresa, sin necesidad de inscripciones, que es la morada de un Dios; un palacio parece que nos está diciendo que allí se alberga una alma poderosa y regia, y así sucesivamente.

La parte consagrada á las Bellas Artes vale en Lévêque mucho más que la parte metafísica. Hay, sobre todo, un capítulo acerca del *arte de los Jardines*, delicioso y digno de toda alabanza como primor literario. En ninguna de sus páginas brilla tanto como en éstas el peculiar talento de Lévêque, grande artífice de bomboneras y chucherías elegantes. Poreso le asustan y marean tanto ciertas cumbres del arte, y anda tan duro

con Miguel Ángel. Le gusta la fuerza, pero ha de ser *fuerza ordenada*, no á la griega, como él quiere aparentar, sino lisa y llanamente á la francesa. Ni el estilo ni las ideas de Lévêque tienen nada de atenienses, á pesar de sus decantados paseos por la Acrópolis. Es muy difícil que un francés, por culto y emancipado que parezca, llegue á traspasar nunca los horizontes de su perpetuo siglo de Luis XIV. Y he aquí cómo las malas estéticas tienen más relación de lo que parece con las críticas malas y superficiales. Lévêque nos dice muy gravemente (¡en 1860!) que Shakespeare (á quien él admira muy poco y con muchas restricciones) no será nunca digno de ser contado entre los clásicos como Corneille y Racine, porque Shakespeare es un genio irregular, una fuerza desbordada, mientras que los otros son genios regulares, que presentan los ocho famosos caracteres de belleza que la suma perspicacia de M. Lévêque descubrió en el lirio. De poetas españoles no se hable. M. Lévêque ignora la existencia de tales poetas, y no sabemos si la de España también. Allá, en un rincón, y como por misericordia, anda *Don Quixote* revuelto con el *Robinson* y con *Pablo y Virginia*, y menos elogiado, por supuesto, que las novelas de mademoiselle Scudéry, que el autor encuentra ideales, mágicas y encantadoras¹. ¡Y este libro ha encontrado entre nosotros quien le traduzca, y

¹ De esta rehabilitación del *Gran Ciro* y de la *Clelia* (libros condenados por Boileau á perpetua irrisión), tiene la culpa Victor Cousin, que creyó encontrar en esos libros la historia

anda por ahí en manos de los muchachos, juntamente con las obras de Krause y de Jungmann, para completar la ruina y la desolación de nuestra cultura estética !

Y ahora conviene hacer justicia á los dos pensadores vencidos por Lévêque en el concurso académico. La obra de Chaignet y la de Voituren no están ciertamente tan bien escritas y ordenadas como la suya ; no toleran tanto como ella la distraída lectura de los profanos ; no

idealizada de aquellas grandes damas del siglo xvii, de quienes él se había enamorado con póstumo encarnizamiento.

1 *La Science du Beau, ses principes, ses applications et son histoire, ouvrage couronné par l'Académie des sciences morales et politiques, par l'Académie Française et par l'Académie des Beaux-Arts* : Paris, Durand, 1861. Dos volúmenes 8.º

Además de su *Estética* ha publicado Lévêque otro libro intitulado *Le Spiritualisme dans l'Art* (Paris, 1864, en la pequeña *Bibliothèque de Philosophie contemporaine*). Este librito, ó más bien colección de artículos sueltos, comprende uno sobre *el espiritualismo en la escultura*, otro sobre el escultor espiritualista Carlos Simart, otro sobre el pintor espiritualista Nicolás Poussin, y por apéndice un discurso sobre los *origenes platónicos de la Estética espiritualista*, leído por Lévêque en su cátedra de Filosofía del Colegio de Francia en 12 de Febrero de 1857. Todos estos ensayos son agradables, y por versar sobre materias técnicas en que Lévêque tiene verdadera y reconocida competencia, satisfacen más que su *Estética*; pero adolecen en el mismo grado que ésta de un desconocimiento ó desdén absoluto respecto de la literatura filosófica alemana. El autor no sale nunca del *Fedro* y del *Convite*, y está dando vueltas eternamente en el surco mil veces trillado por Winckelmann y Quatremère, por Cousin y Jouffroy, repitiendo sin cesar en elegante estilo las mismas vaguedades espiritualistas.

Véase además su erudita tesis doctoral latina *Quid Phidias Plato debuerit* : Paris, 1852.

ostentan la misma lucidez aparente, ni el mismo perfume de elegancia mundana ; pero arguyen en sus respectivos autores más fuerza de razonamiento, más sólida preparación científica, más clara comprensión de las dificultades del problema, y menos intrepidez para darlas desde luego por resueltas. Esto priva á sus libros ciertamente de la falsa y superficial unidad que el de Lévêque tiene ; pero da testimonio de la buena conciencia de sus autores, que no se han empeñado en presentar como cosa llana la que es de suyo tan escabrosa. Nada más fácil que escoger una de las mil fórmulas vagas que hasta el presente se han imaginado para definir el principio de lo bello : unidad, variedad, armonía, orden, proporción, fuerza, vida, número ó cualquiera otra, y mediante una dialéctica falaz ó una amplificación elocuente, extenderla á todos los hechos artísticos, y mostrar que ninguno deja de estar contenido en ella, lo cual es de todas suertes muy fácil, puesto que se trata de categorías generalísimas. Pero algo más se pide hoy á un sistema de *Estética* ; y muy fuera de camino va el que crea llegar á algún resultado positivo, sin imponerse antes una indagación crítica muy amplia, muy lenta, muy libre y desasionada.

Chaignet era muy capaz de haber escrito un buen libro de *Estética* ; pero la que corre con su nombre fué trabajo poco maduro de su juventud, á pesar de lo cual la obra del que era entonces modesto profesor de un colegio militar y

hoy rector de la Academia de Poitiers, daba ya indicio seguro de la severa crítica y profunda erudición filosófica que su autor ha desarrollado luego en libros tan excelentes como *Pitágoras y la Filosofía Pitagórica* (que del mismo Zeller mereció elogios), *Ensayo sobre la Psicología de Aristóteles*, *Historia de la Psicología entre los Griegos*, é *Historia de la Retórica*. El mismo Barthélemy Saint-Hilaire, que en su brillante informe ó *Rapport* sobre los resultados del concurso trata naturalmente de hacer resaltar los méritos de la obra de Lévêque sobre las de sus competidores, reconoce en la memoria de Chaignet « método intachable, reflexión profunda, espíritu recto y sano, si bien no libre de alguna exageración, nacida de exceso ó superabundancia de fuerza, estilo firme, sobrio y vigoroso, brillante á veces, siempre natural, sencillo y de buen gusto; tan lejano de lo exquisito y afectado como de la negligencia ». Elogia con encarecimiento la elevación, mesura y delicadeza de las páginas que dedica Chaignet á tratar de la creación artística en sus relaciones con el poder creador divino, y termina diciendo que sólo ciertas lagunas de exposición han impedido proponer esta obra como digna de premio ¹.

Desde las primeras páginas del libro encontramos en Chaignet una verdadera superioridad sobre Lévêque, Saisset y los demás *espiritualistas*

¹ Vide *Séances et Travaux de l'Académie des Sciences Morales et Politiques*, tomo xxix, pág. 344 (1859).

de su estofa. Lejos de despreciar la especulación alemana, Chaignet empieza por declarar que los principales resultados de las teorías de Kant y de Hegel (teorías originales, poderosas y fecundas, aunque todavía incompletas y en algunos puntos inexactas) están ya definitivamente adquiridos para la ciencia, y forman hoy la base de toda filosofía del arte. « Esta filosofía (añade) discutible en muchos puntos, y especialmente en la parte metafísica, no deja de presentar el más vasto conjunto de doctrinas, y el sistema más profundo, más enlazado, y, en suma, más verdadero y exacto que hasta hoy se conozca sobre esta materia. » Lejos del ánimo de Chaignet la absurda pretensión de inventar principios nuevos ni de fundar una ciencia. Cree que los principios están descubiertos y que la ciencia fué fundada hace mucho tiempo. Su pretensión es más modesta: se limitará á estudiar y á comprender las grandes teorías, y cuando más á desarrollarlas, á moderar algunas de sus consecuencias dudosas, algunos de sus resultados inciertos. Será, pues, ecléctico, pero con cierto eclecticismo elevado, huyendo de los vicios de método y de los excesos de lógica, pero huyendo también de encerrar en un *pandoemonium* vulgar todas las ideas y de tributar igual homenaje á los dioses de la verdad y de la mentira. No desconfía de encontrar en la historia misma de la ciencia el principio superior que explique las nociones inferiores, y de componer con estas nociones depuradas y demostradas un verdadero cuerpo de

doctrina. «No lo he inventado (escribe modestamente): lo que se va á leer es una paráfrasis, un comentario.»

Esta introducción basta para disponer favorablemente el ánimo respecto de un autor que en cualquiera parte de su libro, especialmente en la sección consagrada á la historia de los principales sistemas de Estética antiguos y modernos, manifiesta trato muy familiar con Platón y Plotino, con Aristóteles y San Agustín, con Hutcheson, Reid y Burke, con el P. André y Diderot, con Kant, Schiller, Solger, Juan Pablo, Schelling y Hegel. ¡Lástima que no hubiera pasado un poco más adelante, cediendo, como tantos otros franceses de los más doctos, á la vulgar preocupación que supone cerrado en Hegel el ciclo de la Estética! Ni un recuerdo le merecen las obras capitales de la escuela hegeliana, las de Weisse y Rosenkranz, Ruge y Vischer ¹, y prescinde totalmente de los originalísimos desarrollos de las escuelas realistas, por más que en 1857, cuando él escribía, existiesen ya, aparte de los trabajos de Herbart, los de Bobrik y Griepenkerl, las *Indagaciones* de Zeising, y en otra esfera independiente y armónica algunos admirables estudios de Lotze.

¹ Es cierto que la Estética de Vischer comenzó á publicarse un año después de anunciado el concurso de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y Chaignet sólo tuvo noticia de ella por un breve artículo de Cherbuliez en la *Revue Germanique*, tomo VII; pero muchísimos años antes, desde 1837, estaba impreso el fundamental tratado de Vischer *De lo sublime y lo cómico*.

Pero á lo menos Chaignet juzga bien lo que conoce, y está bastante libre de las correctas supersticiones francesas, no menos que de las pretensiones exorbitantes del idealismo germánico. Defiende contra los kantianos la objetividad de lo Bello y la posibilidad de su ciencia, no reducida á una simple crítica formal, sino con verdadera realidad de contenido. No se satisface, como Lévêque, con una psicología infantil y una metafísica de adorno, sino que emprende seriamente explicar las razones de la esencia de lo bello, referir cada hecho á su ley, cada fenómeno á su causa, remontarse á las ideas más generales que encontramos en nuestro espíritu, hasta sorprender allí la raíz primitiva según el ser y según el conocer. Su trabajo se divide en cuatro partes: 1.^a, lo Bello considerado como un estado del alma (punto de vista subjetivo); 2.^a, lo Bello considerado en sí mismo (punto de vista objetivo); 3.^a, historia de los principales sistemas de Estética; 4.^a, sistema de las artes particulares ¹.

Lo más contestable en este libro, como en tantos otros, es su principio fundamental. Aporrándose Chaignet del famoso texto de San Agustín *Num possumus amare nisi pulchra?*, confunde manifiestamente la teoría de la belleza con la teoría del amor y la Estética con la *Philosofía*.

¹ *Les Principes de la Science du Beau. Ouvrage honoré d'une mention par l'Institut... par A. Ed. Chaignet, professeur de seconde au Prytanée Imperial Militaire de la Flèche*: Paris, Durand, 1860; 4.^a (impreso en La Flèche).